

A los gritos y en silencio

Bibiana Marta Reibaldi¹

Necesito comenzar agradeciendo la posibilidad de hablar acá y ser escuchada.

No es esto un mero formalismo.

Tiene para mí, un sentido muy fuerte y profundo.

En ésta Mesa, Memorias en Disputa, no hablo desde un lugar de especialista, ni conocedora profesional del tema.

Hablo desde quién soy, desde mi historia y mis raíces, desde la complejidad de un vínculo tan estrecho como el de hija-padre genocida.

Vínculo signado por las contradicciones más intensas, las vergüenzas permanentes, las culpas de diferentes órdenes, y los consecuentes silencios, marcados por mandatos, a veces más, a veces menos explícitos y conscientes, pero instalados fuertemente en el día a día.

“Yo no pregunto cómo hacés tu trabajo. ¡No preguntes cómo hago yo el mío!”

Me encuentro, entonces, hoy aquí, rompiendo con esos mandatos, rompiendo con esas culpas y rompiendo con esas vergüenzas.

“Mi papá es militar retirado” “Si... desde el '70” “Volvió al ejercito, pero hace trabajo de oficina”

Esto como parte de un proceso de varias décadas, en el que la posición de Repudio directo hacia mi padre, tiene un correlato de vínculo afectivo amoroso.

Desde ésta contradicción, afirmo que el repudio cobra mayor sentido, mayor fuerza, como genuina posición ética, a partir del lazo de afecto.

La intensidad de ésta contradicción, la complejidad de la misma, es muy difícil de explicar.

Existe una habitual tendencia a buscar argumentos, a construir la historia familiar, en la que se pueda rescatar cierta integridad moral en el ser querido, de hechos que carecen totalmente de la misma.

Es común también que se tienda a victimizar a los victimarios, para ubicarlos en lugares de personas inocentes, o al menos cierta justificación en contextos absurdos.

¹*Lic. en Psicopedagogía - Psicodramatista. Correo: breibaldi@hotmail.com

(Comentario de mi padrino, Si se negaba a cumplir las órdenes, lo mataban, por ejemplo).

Entonces, la propia exigencia de definir una postura ética, se hace imperiosa. No sin haber tenido que enfrentarme a éstas tendencias, que como hija, en algún momento de mi proceso, tuve. Y que, además, son posturas mucho más cómodas, menos conflictivas. Pero para eso, hace falta otro tipo de estructura de personalidad.

Es así que, para poder instalarme en una postura definida, la vida transcurrió atravesada por idas y vueltas permanentes, buscando diversas justificaciones, armando y desarmando historias que dejaran mejor parado a mi padre, como para poder calmar un poco, mis sentimientos de horror, de miedo, de desesperación, de vergüenza, de culpa, de dolor.

La necesidad de esconderme, de buscar un resguardo, como protección, como defensa, por el infinito dolor que causa, saber que esa persona que me cuidó, me acompañó, me apoyó en mis iniciativas, es la misma persona responsable de haber participado en la última dictadura, en crímenes de lesa humanidad, en genocidio. Entonces, a partir de un largo proceso (que aún continúa) éste es mi foco, cual es mi posición ética?, y ya sin ninguna vuelta posible.

Aseguro que es mucho más fácil repudiar a quien nunca se amó, a esos con quienes nunca tuvimos un vínculo de afecto, aunque haya sido endeble, pobre o controvertido.

Me doy cuenta, mientras escribo ésta ponencia, que la dificultad que siento en la redacción de la misma, surge de lo difícil que sigue siendo, la construcción de una identidad que me diferencia y en simultáneo me implica, como hija de genocida, aún sabiendo que quién soy, abarca muchos otros aspectos, pero confieso que todos ensombrecidos con un dolor que pretendo, ya pase a formar parte de mi historia y de la Historia, para no transmitir a futuras generaciones la compleja vida que me tocó atravesar.

Por eso el esmero, en cada enfrentamiento que tuve con mi padre genocida, en que hablara, que dijera dónde están los cuerpos, dónde los casi 300 a quienes les falta recuperar su identidad. Si aunque más no fuera, hubiera hablado de uno, aunque sea uno... nos hubiésemos despedido con un poquito, con algo de paz.

De todas maneras, mi padre eligió someterse y callar.

Yo elijo hablar, poner palabras, aunque me salgan desordenadas, entre lágrimas y por momentos confusas. Romper silencios..., romper mandatos...

Es imposible, a ésta altura, dejar de mencionar a quienes, sin saber, cambiaron mi vida. Principalmente por ellos, llego hoy aquí. El doctor Rubén Salinas, médico en el Sanatorio Güemes, fue secuestrado, la madrugada del 7 de Enero de 1977, de su domicilio, en el que dormía con su esposa y sus tres pequeños hijos.

Un comando preparado como para enfrentar a un temible ejército, entró fácilmente a la modesta vivienda, aterrorizando a la familia, golpeando a Rubén y robando todo lo que podían.

Se lo llevaron a la rastra, herido por los golpes propinados delante de su esposa.

Fui testigo del peregrinar, del víacrucis, del dolor desesperante de Isabel, buscándolo, esperándolo cada noche en la puerta, en la esquina del mismo lugar en donde lo vio por última vez. Recorriendo cada infame institución pública, entrevistas con gente de la iglesia católica, como una burla que agregaba más dolor y desesperación.

“Mi papá es militar Isabel, tiene que poder averiguar, darme una respuesta”

Esos días tomé consciencia de que se desataban los huracanes y los terremotos de mayor intensidad, en Argentina y toda Latinoamérica. Tragedias que en un momento destruían todo, de manera inexplicable. Fue entonces cuando escuché de boca de la persona en quien aún confiaba, la versión más despiadada y cruel, que pude haber escuchado por parte de mi padre: “estamos viviendo una guerra, una guerra sucia...! en todas las guerras mueren inocentes...”

Después del “no preguntes cómo hago mi trabajo”, éste otro cuento de terror, me convirtió en subversiva para siempre!

¿De qué me hablaba? Lo habían sacado a golpes de su casa, mientras dormían! Robaron lo poco que había! El auto viejo!

A partir de entonces, entendí mi urgente necesidad emocional de buscar refugios-escondites-correr buscando escondites, sin poder encontrarlos, el haber tenido pocas amigas, el haberme sentido siempre tan sola y encerrada, entendí mis pesadillas a repetición (una más escalofriante que otra), entendí mi sometimiento y las transgresiones de mi hermano, y entendí que nunca tenía que dejar de preguntar, de interpelar, de confrontar con todo lo que consideraba actos de injusticia.

Hoy sabemos con detalles, gracias a los juicios y todos los testimonios que en ellos se escucharon, las características de esa guerra inventada, para aplicar un Plan de Exterminio, a través del Terrorismo de Estado.

Hoy sabemos, sin embargo, los genocidas callan y perpetúan sus crímenes. Y como entonces, son protegidos por sus cómplices, amigos y aquellos que optan por la más cómoda posición de fabricar argumentos que den por justificable lo injustificable, lo insoportable, lo indecible.

Hoy sabemos, y por eso, quienes alimentan y ayudan a sostener el silencio, son cómplices. Y desgraciadamente, en éste grupo, tenemos que considerar a quienes hoy gobiernan. Y

digo muy desgraciadamente, porque es un gobierno democrático, ya no una dictadura, sin embargo sus voces negacionistas, sus políticas descalificatorias hacia todo lo relacionado con Derechos Humanos, sus diarias y permanentes mentiras, me retrotrae en el tiempo 40 años. Sin embargo, estas décadas no fueron envano. Y hoy el miedo, que vuelve con fuerza, me encuentra hablando.

Como hija de genocida, defino mi posición, desde la imperiosa necesidad ética, de Repudiar el Genocidio perpetrado, en el marco del infame Plan Cóndor para someter a toda Latinoamérica, como una plaga de langostas que arrasan con todo, de Norte a Sur y de Este a Oeste.

No olvidaron detalles importantes en éste plan siniestro,

Inocularon miedo

Desprestigiaron la solidaridad, hasta convertirla en peligros

Y en su lugar, instalaron el dispositivo de la Delación

Al sostener el silencio, el ocultamiento, la manipulación en la construcción de los relatos, sembraron en las siguientes generaciones, el miedo, el silencio, el sometimiento, el letargo
....

Pero los niños y los jóvenes crecen, y dan cuenta, y forjan su propio criterio ético

En la marcha del 1 de Septiembre, por la dolorosa desaparición forzada de Santiago Maldonado, alguien gritó al grupo de Historias Desobedientes, "¡¡vayan a declarar!!".

Allí nos encontrábamos declarando, nuestro pedido de aparición con vida, de una persona desaparecida, por las instituciones del Estado. De un Estado que debería estar cuidándonos a todos y sin embargo, en éste caso, sólo está cuidando los intereses de grandes y poderosos terratenientes, dueños de casi toda nuestra Patagonia. Y, mientras tanto, un joven que no aparece!

Pensé, cuántas veces necesité que a alguien le interese escuchar lo que puedo decir, tanta necesidad de hablar, de no ocultar, que las palabras puedan dar curso a tanto dolor.

Que alguien se muestre interesado por escuchar a la hija de un genocida, que soporte escucharla repudiar la conducta de su padre, repudiar la dictadura, repudiar los crímenes de lesa humanidad, bregar por Memoria, Verdad y Justicia, gritando en la Plaza No al 2 x1, aparición con vida de Santiago Maldonado, 30.000 compañeros desaparecidos PRESENTES, AHORA Y SIEMPRE!, es lo que vengo a agradecer hoy aquí.